

LOS ÚLTIMOS DIEZ

Lorena Chirino



Capítulo 1

LOS ÚLTIMOS DIEZ

1

Despertó con esa sensación de arena en los ojos y el cuerpo adolorido por el mal descanso. El insomnio presente la noche anterior como todas las noches de su vida o todas las que podía recordar. Luego el sueño intermitente, el más mínimo ruido y a veces los malos sueños interrumpían su descanso y le pasaban factura a la mañana siguiente. Podían estar llenos de arena, pero ¿para qué le servían los ojos? Si la rutina inamovible de sus días era para ella un libro ya leído infinidad de veces.

Afuera hacía frío, los primeros días del invierno se hacían sentir. Odiaba el frío, quizás porque ella misma era un bloque de hielo congelada en el tiempo, estancada en ese pozo lleno de barro del que cada mañana sacaba la cabeza para respirar. Intentando con esa bocanada de aire encontrar las fuerzas para impulsarse y dar el salto fuera de allí, pero eran como arenas movedizas que olían a mierda y cada noche se volvía a encontrar ahí, sumergida, ahogada. Lo bueno era que los últimos diez estaban llegando a su fin, era bueno para ella y era lo único que le importaba.

Había recuerdos borrosos y otros en blanco, mejor dicho, en negro, porque dentro de esa caja todo era oscuridad. Pero recordaba ese día, el comienzo del fin:

Esperaba para cruzar la calle. No era la primera vez que pensaba en arrojarse delante de un auto, pero era la primera vez que no sentía temor al pensarlo. La luz del semáforo habilitó a los peatones. Todos cruzaron. Titubeó unos instantes, ¿realmente quiero llegar al otro lado?

No quería, pero lo hizo. Por inercia, como había hecho todo en su vida. Era un pensamiento que muchas veces había tenido cuando descubría que la mierda del pozo había subido más ese día y le costaba salir a respirar. Se iba cuando la marea bajaba. Solo hasta el cuello, jamás desaparecía. Esa vez era diferente, desde ese día, la marea jamás volvió a bajar.

La casa estaba vacía, los niños en la escuela, su marido trabajando. Se sacó el abrigo, dejó las llaves en la mesa y se sentó. Estuvo llorando media hora. Era lo habitual, aprovechaba la soledad para dejar salir eso que la ahogaba. Había aprendido con el tiempo que no hay mejor consuelo que el que puede darse uno mismo, después de tantas veces de levantarse sola, de sostenerse, aunque sea de las pestañas para seguir de pie. ¿Qué iba a esperar? ¿De quién? Algunas veces había demostrado su

tristeza, sus lágrimas. Pero si hay algo que había entendido es que los demás no saben cómo lidiar con esas manifestaciones de emoción ajena, les incomoda, le huyen. Se había cansado de escuchar frases idiotas como: "Hay gente que está peor", ¿hay gente que está peor? ¿Eso debería de ser un consuelo? Se preguntaba cada vez que su marido incómodo por sus "berrinches" repetía esta frase carente de sentido para ella. Y la terminaba con: "Tienes casa y comida, tienes salud y tus hijos también. Hay gente que está peor, deberías agradecer que la vida te sonría". Lo que en verdad sentía, no era que la vida le sonreía, sino que se reía de ella.

Lavaba los platos y tomó un cuchillo en sus manos, lo observaba mientras el agua se escurría e imaginaba la sensación del filo hundiéndose en sus muñecas. La sangre corriendo como el flujo del agua. Pensó: "Hay gente que está peor, hay gente que ni siquiera tiene un cuchillo para mantequilla", sonrió cínicamente ante ese pensamiento y lo dejó en el escurridor.

Recibió un mensaje de su hija, Sofía. "Mamá: Ali va almorzar, su mamá nos lleva". Sofía acababa de cumplir 11 años, era la menor de sus tres hijos, Dante tenía 14 y Maggie 18. Se sintió tan egoísta por imaginar segundos atrás que se cortaba las venas; tenía tres hijos hermosos y saludables. Recordó a su vecina, su hijo había muerto durante un robo el mes pasado. Había gente que estaba peor, pero eso no la ayudaba.

Otra frase que rondaba por su mente la había escuchado de una ¿amiga? O bueno, una de esas mujeres a las que conocía de toda la vida y que por alguna razón no dejaba de ver. "Así son los hombres", dijo entre risas esa mujer justificando las infidelidades de su esposo, finalizando con un "No seré feliz, pero tengo marido". Ella tampoco era feliz, y seguramente había infidelidades de las que no sabía, aun siendo así jamás sería tan patética de ir a ventilar sus intimidades; ni sería tan imbécil como para justificarlas.

Por la noche tomaba café con Bruno, su marido. Los chicos terminaban de cenar y se esfumaban, tareas atrasadas o algún otro pendiente, no era problema mamá lavaba los platos, era su obligación, su trabajo, por el cual no recibía ni las gracias.

Él hacía monólogos interminables, aburridos. Hacía años que no tenían una conversación, era solo hablar sin escuchar; por parte de ambos, aunque ella ya casi no hablaba. Luego las discusiones, a diario o casi. Él pedía mucho más de lo que estaba dispuesto a dar. Decía cosas como: "Sonríe, no puedes estar siempre de mal humor". Estaba segura de que no era mal humor, tampoco del bueno, no era nada, no sentía nada. Las paredes de la caja se contraían, a veces demasiado, hasta sacarle el aire.

Esa noche soñó que caía en un pozo, estrecho y profundo. Pedía ayuda a los gritos, había serpientes a sus pies, estaba tan asustada. Bruno asomó su cabeza sobre el pozo, la miró fríamente, como si ella fuera una extraña, como si no fuese nada, tomó una pala y arrojó enormes cantidades de vidrio dentro, sepultándola. Sentía como los vidrios le lastimaban el cuerpo, la cara, los ojos, el olor y el sabor de la sangre. Despertó asustada, salió de la casa y estuvo llorando por horas, sentada en el patio a pesar del frío.

La mañana siguiente observaba a sus hijos, y se preguntaba: ¿cuánto dolor les causaría mi muerte? ¿Sería capaz de causarles tal daño? Todos pasamos por eso algún día, todos perdemos a nuestra madre. Ellos son grandes, pero no lo suficiente. Recordó cuando perdió a sus padres en un accidente, tenía 22 años. Hubo personas que le dijeron: "Por lo menos no sufrieron, fue rápido". ¿se supone que eso debía hacerla sentir mejor? ¿Aplicaría aquí el "hay gente que está peor"? El optimista de su marido diría que sí. Hay gente que agoniza antes de morir, y eso, sin ningún lugar a dudas, es mucho peor. Recordó que tuvo que dejar la universidad, se recordó huérfana y sin un centavo. Los parientes la ayudaron hasta que encontró trabajo, uno mal pago, pero un trabajo al fin.

Esa no sería la suerte de sus hijos, ellos tenían a su padre. Se sintió culpable, después de todo, sus hijos la necesitaban. No era tiempo aún, aunque era tiempo para ella.

2

Permaneció inmóvil por mucho tiempo, años... con el alma congelada; recordando una y otra vez a esos autos pasando frente a ella. El preciso momento en que dejó de resistirse a la idea de dejarse ir. Ahora era solo un cascarón vacío esperando su turno para romperse.

Cada vez que sonreía, sentía resquebrajarse la cáscara; los disfraces se gastan de tanto usarlos.

Recuerdos fugaces de los atardeceres en la playa durante las vacaciones, los días más largos eran los de verano... pero no importaba; el tiempo se había detenido hace mucho, antes de cruzar la calle. Los fuegos artificiales en año nuevo... ¿un año más o un año menos? La risa de sus hijos, sus voces cada vez menos presentes. El nido casi vacío... casi, no era suficiente.

Dentro de las paredes de la caja, retumbaban a veces las estruendosas risas de su marido y sus amigos, serian producto de un chiste de mal gusto o alguna anécdota bizarra. No le importaba, esas reuniones eran todas iguales. Trataba de fijar la vista y esbozar una sonrisa tan falsa como la mayoría de las historias que se contaban allí... pero nunca era suficiente. "Lo que pasa es que eres muy seria, muy amargada", se

burlaba Bruno, ante su insípida reacción. Ella dibujó una sonrisa más grande en las paredes externas de la caja y decidió dejarla allí por siempre. Las grietas se hicieron profundas.

El ruido del agua corriendo en la ducha era la señal. Llorar nunca había solucionado nada, tampoco lo haría esta vez.

Al mirarse al espejo con los ojos hinchados por el llanto, recordó aquella época en que a su madre se le declararon las alergias. La recordó saliendo del baño o de la soledad de su habitación, infinidad de veces, con los ojos rojos y el rostro hinchado; "Estas alergias me tienen muy mal", repetía incansablemente cuando ella se quedaba observándola muy preocupada. Sabía ahora, que por lo menos, no era la única "loca" en la familia.

Los ruidos de la casa, las noches de fiesta, la mesa llena, los conocidos, los amigos, Bruno, sus hijos... las risas, las charlas, las miradas fijas ¿Cómo no podían ver más allá? ¿Cómo no podían ver por esa pequeña ventana en sus ojos? ¿cómo no podían ver detrás de las paredes?

Se estaban cayendo y ella no podía dejar de preguntarse qué pasaría entonces.

3

En un rincón oscuro observaba un pequeño haz de luz colarse por esa diminuta ventana. Se sintió extrañamente excitada ante la idea de volver a sentir el calor del sol en su piel, porque el sol siempre estaba ahí y se posaba sobre ella, pero ella no sentía nada. Podría haber pensado, reflexionado, quizás; si no hubiera estado tan aturdida. Diez años pueden ser una eternidad si estás encerrado inmóvil, observando la vida transcurrir a través de una pequeña rendija. Aunque esa pequeña luz, le hacía sentir la libertad, le aflojaba un poco las cadenas.

Estaba en su habitación junto a la ventana y respiró profundamente. Las lágrimas salieron, el peso de esa carga se hacía más liviano. Sofía había soplado 21 velas algunos días atrás, los últimos 10 se habían ido.

Al parecer jamás se había mostrado triste, ni cansada, al parecer era feliz, tenía una casa, comida, salud y sus hijos también. Tenía marido y alguna que otra amiga, al parecer la vida le sonreía.

Había cuatro cartas sobre la cama junto a su cuerpo sin vida. Tal vez eso ayudaría a entender.

¿Por qué haría algo así? si hay tanta gente que está peor.

